



San José
JUNTA DEPARTAMENTAL

TERCER PERÍODO ORDINARIO

XLVII LEGISLATURA

ACTA 132

27 de junio de 2013

SESIÓN EXTRAORDINARIA

◆ ASISTENCIA

En la ciudad de San José de Mayo, el veintisiete de junio dos mil trece, a las veinte y cuarenta y tres, se reúne la Junta Departamental de San José, en sesión **EXTRAORDINARIA**, bajo la presidencia del señor Edil

Fredy Fabre

Ediles titulares: Rafael Diringuer, Carlos Acosta, Ricardo Lecouna, Esmeralda Secchi, Heber Berto, Alejandro Dianesi, Sebastián Ferrero, Luis Odriozola, Gonzalo Simone, Alejandro Britos, Jesús Pérez, Alberto O'Brien, Juan Carlos Alfaro, Antonio Sosa, Jorge García, Tabaré Laca, Pablo Cortés, Roberto Cabral, Efraín Soto, Carlos García, Oscar Ramírez, Silvia Cabrera, Horacio González y Teresita De la Ascención.

Faltan los señores Ediles: con aviso, Hedwin Hugo, Danilo Vassallo y José Ignacio Mesa; **sin aviso,** Gonzalo Geribón, Leonardo Giménez y Marcelo Oehler; **con licencia,** Juan Francisco Chiruchi, Nelson Petre, Gustavo Peraza, Isabel Ford, Fernando Barceló y Javier Gutiérrez.

Actúan en Secretaría el señor Alexis Bonnahon, Secretario General, y la señora Sofía Belsterli, Secretaria.

Taquígrafos: Claudia Betancor, Imanol Pereira, Martín Rodríguez y Ana María Valerio.

Esta convocatoria corresponde al Repartido n.º 132/2013.

◆ COMIENZA LA SESIÓN

SEÑOR PRESIDENTE. Habiendo número en Sala, comienza la sesión.

(Es la hora 20.43)

◆ ASUNTOS A TRATAR

SEÑOR PRESIDENTE. Pasamos al único capítulo del orden del día: **Asuntos a tratar.**

Por Secretaría se dará lectura al punto en consideración.

(Se lee)

«27-06-1973 – 27-06-2013 “40 Años de la Huelga General y el Golpe de Estado”».

EDIL CARLOS GARCÍA. Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. Tiene la palabra el señor Edil.

EDIL CARLOS GARCÍA. Muchas gracias, señor Presidente.

Tal vez hubiese sido más fácil, o políticamente correcto, haber traído y exponer un montón de datos históricos y no venir a hacer esta especie de catarsis desde la emoción y desde lo que fue, para este individuo de cincuenta y tres años, ver en la madrugada de ese 27 de junio de 1973 al Palacio Legislativo rodeado de tanquetas.

En aquella mañana, más allá de la neblina

tremenda y del frío, estaba la incertidumbre de un gurí, de un preadolescente, por no saber qué era lo que estaba pasando. Porque uno solía ver esas cosas en blanco y negro, a través de la televisión, como un divertimento, pero jamás pensaba que podían suceder acá.

Pero lo más traumático de la situación no ha sido ni el miedo ni intentar llegar al instituto de enseñanza al que concurríamos —que estaba ubicado en la calle ex Sierra, hoy Fernández Crespo, esquina Miguelete—, sino que lo más triste ha sido comprobar cómo en el correr de los años, a medida que uno iba creciendo y madurando, cada uno de esos acontecimientos nos seguían acompañando, y reflexionábamos sobre ellos para tratar de ser mejores personas.

Lo triste y difícil era explicarles a nuestros hijos qué fue lo que pasó en 1973, explicarles algunos de los porqués y que la historia no solamente la escriben los que ganan, sino que muchas veces se escribe con la sangre de quienes fueron derrotados.

La cosa pasa por ahí, señor Presidente, por eso vuelvo a lo del comienzo: hubiese sido más fácil tomar como punto de partida los hechos ocurridos al promediar la década de los sesenta y su evolución histórica, que la leí; pero hoy sentí las ganas y la obligación de venir a contar un poco de lo que viví en ese entonces y quiero hacer una denuncia pública, porque a todos quienes andamos rondando los cuarenta y cinco, cincuenta y cinco o cincuenta y seis años nos castraron ideológicamente, nos quitaron la posibilidad de poder optar, nos taparon la boca y los oídos, nos silenciaron; no nos pudimos expresar.

Sucedió que simplemente quienes se denominaban «buenos orientales» nos dejaban ver lo que a ellos les convenía y no lo que le convenía al país. Más allá del golpe de Estado, más allá de la dictadura y de los doce años que duró; más allá de la huelga general y del pueblo organizado, acompañamos el proceso desde el desconocimiento total.

Yo me pregunto —y me sigo preguntando, porque autoritarios de esos aún pululan por las calles, y a veces hasta se ponen el «traje de demócratas»— si alguna vez se preguntaron el costo que eso iba a tener para el país. ¿Nunca pensaron cuántas eran las decenas de miles de uruguayos y uruguayas que estábamos pasando por ese proceso?

Questionarnos estas cosas no es mirar hacia atrás, es comprobar que ellos no miraron hacia adelante, y hoy muchos de ellos nos reclaman ese derecho. Piden que no se toque el tema de los derechos humanos, de los desaparecidos, que víctimas de los actos de esa dictadura. En momentos de dictadura no se midieron los perjuicios. Ese es uno de los grandes «debes» — más allá de otros que también les corresponden— que les queda a ese puñado de uruguayos y uruguayas, que condescendentemente luego actuaron en lo que se llamó Consejo de Estado.

Nosotros, en el Congreso Nacional de Ediles, tenemos un caso que es consecuencia de lo que ocurrió ese 27 de junio de 1973 —días más, días menos—. Me refiero a los cincuenta y tres obreros despedidos de la exfábrica Campomar y Soulas, de Juan Lacaze. Ese problema todavía no ha sido

laudado.

En tributo a ellos, por todas las injusticias que pasamos, y poniendo nuestra vida por delante como escudo si fuera preciso, es que decimos: ¡nunca más al autoritarismo!, ¡nunca más a la pérdida de derechos!, ¡nunca más a la desigualdad!

¡Salud a todos quienes por pensar distinto pasaron por todas las peripecias que hubo que pasar!

¡Salud a todos quienes, a pesar de que en algún momento nos sentimos castrados ideológicamente, supimos conformar una cadena virtual que recogió todas esas experiencias y hoy, más orgullosos que nunca, integramos el Frente Amplio!

Muchas gracias, señor Presidente.

EDIL GONZALO SIMONE. Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. Tiene la palabra el señor Edil.

EDIL GONZALO SIMONE. Gracias, señor Presidente.

Para nosotros es un honor que nuestros compañeros nos hayan elegido para hablar en representación del Partido Nacional sobre un tema tan importante y tan caro para toda la ciudadanía, que todavía sigue significando una honda herida que no termina nunca de cicatrizar. Tal vez suceda lo que un día dijo nuestro actual Presidente de la República, el señor Mujica, que lo sucedido y sus consecuencias van a terminar cuando mueran todos sus protagonistas, porque hay situaciones insolubles y posturas irreconciliables al igual que las hubo en aquellos años.

Con el señor Edil Ferrero comentábamos que nosotros no habíamos nacido cuando se dieron los hechos que condujeron a la dictadura militar del año 1973. Nosotros nacimos dos años después, en lo que se llamó «Año de la Orientalidad», y la señora de Bordaberry había dispuesto algunas cosas, por ejemplo, a mi madre le exoneraron de pagar el parto y había alguna otra cuestión por el estilo.

No viví en esa época, pero si algo me marcó en mi corta vida política, es ser un apasionado del tema, en el sentido de que he tratado de instruirme para, por lo menos, tener una opinión acabada y redondeada de qué fue lo que pasó; porque si hay algún tema que ha sido sujeto al debate, a la tergiversación, a las ideas, a los distintos puntos de vista, ha sido este.

Ahora veo que hay una ley en el Parlamento que tiene la intención de marcar esta fecha, la fecha en que perdimos la democracia, cuando se disuelve el Parlamento y se comienza una huelga general del PIT-CNT.

Pero, a lo largo de esa historia, hay algo en común que, como integrante del Partido Nacional, nos puede llenar de orgullo a todos los blancos wilsonistas, que fue cómo se manejó Wilson y el wilsonismo en esos años tan atroces.

Eso me ha motivado siempre a leer y a darme cuenta de que la persona que elegí para inspirarme es monumental, que es difícil de encontrarle puntos de posturas y actitudes que no sean realmente las que uno, en mi humilde opinión, se identificaría en un cien por ciento.

Recuerdo el espectacular discurso que dio Wilson gritando a viva voz, con toda la emoción que un ser humano pueda sentir cuando se disolvieron

las Cámaras, donde el Partido se declara enemigo acérrimo de Bordaberry y de la dictadura.

En pie de guerra los blancos, una vez más, nos separaron para rescatar algo que, en ese momento, muchas fuerzas políticas de todos los colores, habían perdido. Ahora somos todos demócratas, todos hablamos de la democracia, todos nos sentimos plenamente democráticos y parece que no hubiera otro sistema que no sea la democracia.

Pero en esa época, en el año 1973, muchos grupos de izquierda y de ultraderecha no veían a la democracia como un instrumento fundamental.

Y eso ha hecho crecer a este pueblo uruguayo, a través de la sangre, del dolor, del sufrimiento, porque hemos aprendido a rescatar el valor de la democracia en sí. Hoy ya nadie la cuestiona, pero en aquella época no era tan común, no era algo por lo que nosotros podíamos dar la vida. Sí, el Partido Nacional, sí, muchos sectores del Frente Amplio y del Partido Colorado, pero no todos sentían a la democracia como el único instrumento para manejarse en una sociedad, para manejar nuestras diferencias, nuestras divergencias; pero, una vez más, orgullosamente el Partido Nacional marcó que éramos defensores de las leyes, de la democracia, siendo herederos de la mejor tradición que está a flor de piel —por lo menos, en todos nosotros— y que viene de Aparicio, de la actitud que tomó el Partido Nacional contra la dictadura de Terra.

Por tanto, si señalamos culpables o hablamos de lo que hicieron unos u otros, podríamos pasar dos o tres horas esgrimiendo argumentos, porque cuando ocurre algo que es tan complejo es multicausal. Por supuesto que unos tuvieron más culpa que otros, que unos trajeron a los militares a la calle y, de ello, estos se aprovecharon para después ir por todos; pero otros sectores se equivocaron, se pensaron que venía una dictadura peruana y por eso la acompañaron, después se dieron cuenta de que no era así.

Entonces, para elegir una fecha de comienzo de la dictadura podríamos hablar del 9 de febrero, donde, técnicamente, comienza la dictadura militar, porque ahí se desconoce la designación del Ministro Francese por parte del Poder Ejecutivo.

Capaz que esta fecha es cómoda para muchos también, porque nosotros podríamos hablar de recuperar y defender la democracia en noviembre, cuando en el plebiscito del año 1980 el pueblo uruguayo, todo junto, ganó una batalla más que importante a una dictadura que era arrolladora. También quiero decir que es mentira hablar de que en el año 1973 todo el pueblo uruguayo estaba enarbolado por la democracia. Hubo gente de izquierda y de derecha, instituciones, la prensa, que en un momento apoyaron al golpe de Estado; hubo mucha gente que, lamentablemente, no reivindicó la democracia, y esta es como la libertad, una vez que se pierde es cuando realmente se aprecia.

Me parece que no podemos entrar a debatir en profundidad, porque tendríamos que empezar a hablar de las distintas corrientes ideológicas; de la Guerra Fría y de la Revolución Cubana; de lo que fue la Escuela de las Américas de Panamá para Estados Unidos; del manejo de la CIA (Central Intelligence Agency); podríamos pasar horas y jamás ponernos de acuerdo en quiénes fueron los culpables de tantos hechos.

Lo que sí quiero rescatar, por lo menos yo, es la posibilidad de sentir el indescriptible orgullo de estar en una comunidad política de hombres libres, en donde nuestros antecesores defendieron la democracia. Y, hoy, a los que nos toca actuar en un sector político en que nos decimos que somos «wilsonistas», la defendemos, porque siempre creímos en que la democracia es el único instrumento válido para manejar esta sociedad.

Y me parece que esta ocasión también sirve para reflexionar en el futuro, porque hablar tanto del pasado —aunque podemos tener un debate sobre el pasado— creo que no sumaría, pero del futuro, sí, me preocupan cosas que, tal vez, no están tan arraigadas; capaz que no somos tan democráticos como nos pensábamos, porque ayer vimos una encuesta en la televisión donde el treinta y cinco por ciento de la población uruguaya justificaría un golpe de Estado si hubiera problemas graves de seguridad o de corrupción.

También, muchas veces, escuchamos comentarios del sistema político sobre el gasto de la democracia, diciendo, por ejemplo, ¿por qué no hacemos esto?, ¡mirá el viaje de Fulano!, y todos denuncian que los políticos somos como una clase aparte y eso también fue como un germen muy poderoso en el año 1973, fomentado, tanto por parte de la izquierda como de la derecha; la idea era de que los políticos eran como una raza, como una especie de parásito del país que se alimentaba de él y que no lo dejaba crecer ni desarrollarse.

Entonces, uno escucha, en este Uruguay de hoy, comentarios de todas las ideologías, si hay un conflicto sindical, se amenaza con poner gente en la calle —como en Brasil—, y se manejan códigos que no son democráticos y eso pinta a todas las ideologías, tanto de derecha, como de extrema izquierda.

Por lo tanto, creo que tenemos que reflexionar y aprovechar este tiempo para el futuro, para decir «nunca más» a una dictadura, pero un «nunca más» en serio, y siempre teniendo en cuenta que la democracia se construye con tolerancia.

En esta Junta Departamental tenemos que respetar las ideas de los demás, no opinar cuando otro está hablando, no gritar, compartir las distintas expresiones, respetar al adversario con tolerancia, porque vivimos en una sociedad que debe crecer en conjunto. No hay un plan maquiavélico, en este Uruguay de hoy, para ir en contra de la educación, para oprimir a la gente. Creo que el respeto y la tolerancia es lo que enriquece a nuestra sociedad.

Debemos hacer notar que el 27 de junio de 1973 no solo se disolvían las Cámaras, sino también las Juntas Departamentales. Siendo nosotros integrantes de una Junta Departamental creo que no debemos olvidar ese hecho, porque no salió en televisión y la gente tal vez no lo sepa, pero también este mecanismo democrático de participación de vecinos dejó de funcionar; me refiero al funcionamiento de las Juntas Departamentales que tantas veces ha sido denostado por varios intereses.

Aquí hay una caja de resonancia del pueblo, aquí la gente se puede expresar, aquí los Ediles y el Cuerpo están dispuestos a atender todas las necesidades que tiene la gente y, en la medida de lo posible, darle cabida y participación. Así que

nuestra labor es también como un homenaje para que no vuelva a ocurrir lo que fue la disolución de las Juntas Departamentales.

Como mensaje final quisiera decir que es un orgullo estar en un sector del Partido Nacional que es defensor de las leyes, que la democracia se construye con tolerancia y que, como dijo Wilson, la democracia es una lucha y la lucha comienza todos los días, por lo tanto, comienza hoy.

Era cuanto quería manifestar, señor Presidente.

Muchas gracias.

EDILA TERESITA DE LA ASCENCIÓN. Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. Tiene la palabra la señora Edila.

EDILA TERESITA DE LA ASCENCIÓN. Gracias, señor Presidente.

A las cinco y veinte del miércoles 27 de junio de 1973, se difundía el decreto que disolvía el Poder Legislativo, creaba un Consejo de Estado, restringía las libertades de los ciudadanos, coartaba la libertad de prensa y facultaba a las fuerzas armadas y policiales a asegurar la prestación de los servicios públicos; el poder militar argumentaba que existía una acción delictiva contra la patria.

El Palacio de las Leyes, concebido por Don José Batlle y Ordóñez como templo de la democracia, vio entrar entonces a un grupo de militares, marcando el nacimiento de la dictadura; se había quebrado la Constitución de la República y se había dado un gran salto al vacío. Por dificultades políticas y económicas que no se habían podido superar, se había enterrado un siglo de historia.

Hoy estamos a 40 años del golpe de Estado. ¿Cómo olvidar todo lo que sufrió el pueblo uruguayo? Derechos y garantías individuales de los ciudadanos anuladas, destitución de funcionarios públicos, una corriente emigratoria como nunca antes se había conocido, presos políticos sin garantías de ningún tipo, la tortura y la muerte.

Se censuró y se silenció la prensa, fuimos presa fácil del miedo, del silencio y comenzaron a aflorar los más bajos sentimientos del ser humano. Las familias quedaron divididas por la distancia o por las opiniones, se desnaturalizó el sistema político dejando heridas en todos los partidos.

Hoy, en este recinto político, tengo la oportunidad de manifestar mi rechazo a toda dictadura. No creo oportuno en este momento buscar culpabilidades acerca de las causas que motivaron el golpe de Estado.

Creo que todos los uruguayos fuimos un poco culpables de la situación por defender posiciones políticas encontradas sin asumir el compromiso de los riesgos que quebró la democracia.

Ante lo expresado, considero que todos los uruguayos debemos una vez más responsabilizarnos, comprometernos en una posición de conciliación para que unos y otros podamos vivir en el país de Artigas, de José Batlle y Ordóñez, de Wilson, de Seregini, de Vicente Chiarino.

Me siento orgullosa de mi país y me gusta que sea ejemplo en el mundo por la salida democrática lograda después de la dictadura que nos enfermó y dividió.

Paradigma de democracia es este Cuerpo Legislativo, como todos los demás que integran nuestro Gobierno Republicano y que representan la voluntad popular y soberana.

Apostamos en esta oportunidad al compromiso que todos los uruguayos debemos asumir, en especial nosotros como representantes del pueblo, de defender y fortalecer nuestra democracia, trabajando todos juntos ante la adversidad, con renovado espíritu de servicio, por un Uruguay cada día más justo y solidario.

Ojalá nazca un tiempo nuevo con la mirada de todos puesta en un futuro de reconciliación y reencuentro.

Era cuanto quería manifestar, señor Presidente.

Muchas gracias.

EDILA SILVIA CABRERA. Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE. Tiene la palabra la señora Edila.

EDILA SILVIA CABRERA. Gracias, señor Presidente.

Anoche tuve la oportunidad de mirar en Canal 5 al Profesor Gerardo Caetano y la verdad es que en sus expresiones tan certeras —desde mi modesto punto de vista— explicaba con mucha precisión que las dictaduras, por lo general, afectan a cuatro o cinco generaciones y que realmente es una circunstancia que no se puede obviar en ningún país; capaz que sí cederá el reclamo de los que ya fallecieron, pero siguen los reclamos en los jóvenes, en los bisnietos e incluso hasta en los tataranietos.

Él ponía ejemplos de cómo se habían dado esas circunstancias en distintos países e, incluso, de lo que está pasando acá. También expresó de manera muy rica y muy ejemplificada que las cosas en nuestro país venían mal desde el año 1950, con problemas económicos, con problemas de corrupción, que había un contexto regional que estaba muy complicado, ya que la dictadura no era un problema que sucediese solamente en Uruguay, sino que en el contexto regional encontrábamos a Chile, Argentina y Brasil con la misma problemática.

También explicaba que todas esas cosas tenemos que seguirlas reflexionando —como muy bien decía el compañero Gonzalo— ya que son cosas que todavía nos darán mucho para hablar, para meditar, para reflexionar y para cambiar puntos de vista.

Este punto de vista que estoy manifestando en este momento, no lo iba a expresar hoy porque pensé que íbamos a ser más los oradores y, por ello, traje algo más breve. Pensé que era una sesión en la que muchas personas iban a tener interés en hablar; yo no soy de las que me gusta que se restrinja la participación en la oratoria; sé que lo convenimos y lo hacemos, pero a mí no me gusta.

Este es nuestro lugar y me gusta que hable todo al que se le dé la gana. Había traído otra cosa diferente para verter en Sala esta noche que, palabras más, palabras menos, es lo que voy a comenzar a exponer ahora.

Un día así como el que fue hoy, de cielo celeste aunque quizás menos de frío, hace 40 años, comenzaba el tiempo nefasto en nuestro país.

En aquel entonces tenía 19 años y por supuesto

—aunque sabía lo difícil que iba a ser todo— no tenía una clara dimensión de lo terrible que sería el tiempo de la dictadura cívico-militar para el Uruguay en general, para los trabajadores, para los militantes de los partidos políticos, de los sindicatos, de las organizaciones sociales, así como también para las familias en general, las familias vecinas, las familias amigas y mi propia familia.

Terminar de estudiar Magisterio en un instituto normal intervenido, con excelentes profesores que fueron destituidos y con programas que en algunas asignaturas tenían bibliografías de carácter absolutamente retrógrado, fue el pan nuestro de cada día.

Eso no era nada, comparado con lo que vivían otros orientales dentro de los cuarteles, privados de los derechos más elementales, falleciendo decenas de ellos por las torturas recibidas o quedando con importantes secuelas para toda su vida.

Y acá se me vienen a la mente los nombres emblemáticos de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz en el ámbito nacional, y de los maestros Elena Quinteros y Julio Castro, a quienes el gremio magisterial y toda la ciudadanía tanto lloraron.

En el ámbito local, se me viene a la mente el nombre de Gladys Yáñez, quien sufrió muchísimo por situaciones de indeseables torturas, al punto que la dejaron en libertad para que falleciera, y de José Arpino Vega y Alberto Deleón, desaparecidos en nuestro departamento. Alberto Deleón, desde mi mirada, merecería que me detuviera mucho más en él, porque era su íntima amiga, lo conocí muy bien, compartí muchas horas con él, por eso es del que tengo más testimonios para dar.

Pero la vida hoy nos lleva a mirar otras cosas y a tratar de salir de esos temas dramáticos. Por ejemplo, también un 27 de junio, pero de 1984, hace veintinueve años, se concretó una medida muy creativa, muy novedosa: se hizo un paro cívico general para demostrarles a los «mandamases» de turno que era hora de que se retiraran para sus casas.

Los comerciantes fueron hablando entre ellos, fueron animándose a cerrar filas y a cerrar sus locales; algunos abrieron por la mañana, pero al ver la cantidad de comercios cerrados que había se adhirieron por la tarde, y los que abrieron todo el día no trabajaron nada porque la gente mayoritariamente no concurrió a comprar, boicoteó a los comercios que optaron por no demostrar su rechazo por el gobierno de facto. Eso pasó en San José. Yo lo recuerdo porque caminábamos por las calles para ver los comercios cerrados, para ver quiénes se habían adherido. Y eso pasó en todo el país, y fue un cimbronazo.

Menciono esto porque cuando se dice que del 27 de junio solo hay un hecho nefasto para recordar, no es así, está ese otro hecho heroico, de resistencia y de alegría, porque teníamos algo de esperanza. Es algo que tal vez la gente haya olvidado, pero injustamente, porque llevó una gran organización, que se tejió entre comerciantes, blancos, colorados, frenteamplistas, entre gente de pueblo que no fue a comprar. En eso se veía que ya existía algo que nos unía a todos y que, realmente, se transformó en un clamor silencioso, sordo, pero muy fuerte.

Todo lo que se ha dicho hoy acá surgió porque esta sesión habilitó que fuera así, y está bueno que nos demos tiempo para reflexionar y recordar. A veces tenemos la sensación de que vamos a decir lo mismo, que vamos a escuchar por enésima vez las mismas cosas, y no es así, porque siempre surgen cosas nuevas que no hemos escuchado, miradas distintas de los otros que nos ayudan y nos dan fuerza para continuar pensando que vale la pena seguir luchando siempre por esta democracia, más allá de los problemas que tengamos, más allá de que se nos cuestione injustamente, más allá de que tantas veces se hable mal de los políticos.

Se habla de la «clase política», que es una expresión nefasta, que la usan nada más que para denostar, porque sociológicamente hablando no existe. Lo mismo sucede cuando dicen «actores políticos», que lo hacen para denostar, porque actor es el que actúa y nosotros acá no somos actores, somos políticos, somos gente que trabaja en política, somos gente que nos gusta la política, no venimos a la Junta Departamental a hacer teatro, como tampoco se va al Parlamento a hacer teatro.

Nosotros tendríamos que seguir trabajando estos temas, tendríamos que seguir profundizando en estos asuntos porque a la democracia hay que defenderla todos los días. Justamente, una forma de hacerlo es pensar casi cotidianamente en las cosas que pasan en el mundo, en las dictaduras que hay —porque las sigue habiendo— y en las que nosotros pudimos salir, fundamentalmente por a la voluntad de todos los uruguayos, sin excepciones, por personas como Wilson Ferreira Aldunate liderando; por personas como Líber Seregni, desde su circunstancia; por personas del Partido Colorado; por personas que estando en el exterior...

SEÑOR PRESIDENTE. Discúlpeme, señora Edila, el señor Edil Antonio Sosa le está solicitando una interrupción.

EDILA SILVIA CABRERA. Se la concedo.

SEÑOR PRESIDENTE. Puede interrumpir el señor Edil Antonio Sosa.

EDIL ANTONIO SOSA. Gracias, señor Presidente.

Solicito que se le prorrogue el tiempo a la señora Edila hasta que finalice su exposición.

SEÑOR PRESIDENTE. Se somete a votación la prórroga de tiempo solicitada. Quienes estén por la afirmativa, sírvanse manifestarlo.

(Se vota)

25 en 25. Afirmativa. UNANIMIDAD

Continúa en el uso de la palabra la señora Edila Silvia Cabrera.

EDILA SILVIA CABRERA. Muchas gracias. No me había dado cuenta de que me había extendido tanto. Yo trato de ser escueta, ustedes lo saben. Trato...

Quería decirles que, para mí, fue muy buena esta sesión porque nos merecemos darnos estos momentos.

Para finalizar, elegí escuchar la voz de una gran mujer, de una gran política uruguaya, como fue Alba

Roballo, recitando uno de sus poemas, para que a través de esas palabras tengamos presente lo que fue la dictadura militar.

(Se escucha el poema «La muerte va de zapatos» de Alba Roballo en voz de su autora, el cual se encuentra a disposición en la biblioteca de la Institución, remitirse al Anexo 132)

(Transcripción del texto del poema
«La muerte va de zapatos»)

«LA MUERTE VA DE ZAPATOS

*Sigue el baño de Sangre
De un lado
de otro
Sangre, sangre, sangre
sangre como vino, sangre como rosas
Sangre que no se seca
sangre que ya comemos
en el duro pan y en la ración escasa
Días que se parecen,
al patio de las cárceles
a las esquinas del miedo
a las clínicas de locos
a las paredes de los manicomios.
Sangre, sangre, sangre
que pisamos al andar
y está en el vidrio de la ventana
mancha el mantel y nuestras sábanas.
Maldito amor, tenedor sin alma
platos de residuos
hasta en las uñas tenemos coágulos.
He dado hijos
dibujado triángulos con puntas de estrellas
he lavado mis linos en manantiales
la luna nueva bajó hasta mis cabellos
y en mi fuego sereno se durmieron los pájaros
Y ahora, debo
pisar sangre, sangre y sangre
de día, de noche
en casa, en la calle
odio, odio y odio
furia y lágrimas.
Todos los días mueren
un joven, un niño, un pobre
mil pobres
con o sin pólvora
bala o hambre
Pero todos los días, me tiran como barro
al pecho y la cara
sangre, sangre, sangre.
Desde mis entrañas
que es la matriz del hombre
grito a los responsables
Terminen con el tiempo de los halcones
simios rapaces
tigres cebados.
Entreguen la tierra
dejen labrar en paz
marchar las máquinas de los talleres y de las
[fábricas
cantar en las cocinas las sartenes doradas
jugar los niños en los recreos
en los parques, el amor de los adolescentes
en la noche
las flores en los senos de las muchachas
Bárbaros,
hasta cuando
sangre, sangre y sangre.
Este no es mi verde Uruguay de valles
ni mi azul oriental de litorales.»*

SEÑOR PRESIDENTE. ¿Finalizó, señora Edila?

EDILA SILVIA CABRERA. Sí, señor Presidente, muchas gracias.

EDIL LUIS EDUARDO ODRIOSOLA. Pido la palabra.
SEÑOR PRESIDENTE. Tiene la palabra el señor Edil.

EDIL LUIS EDUARDO ODRIOSOLA. Gracias, señor Presidente.

En primer lugar, creo que mis compañeros Ediles, que han hablado antes, más o menos, han dicho todo.

Realmente es un tema que tiene tantas aristas, que estaba pensando por dónde lo podía comenzar y se me venían a la mente distintos momentos vividos en la época de la dictadura y las reflexiones de que «nunca más» la falta de las libertades.

Y, como bien lo describió el Edil García, se nos amputó a los de nuestra generación el derecho a ejercer, a desarrollarnos, a pensar libremente — cosa que nos marcó—, y nadie tuvo derecho.

Las razones por las que llegamos a la dictadura son variadas.

Hoy, veía y escuchaba a Carlos Julio Pereyra en un programa de televisión en donde hizo un desarrollo de argumentos; presté atención a lo que dijo la Edila Silvia Cabrera y ayer oí a Caetano que hablaba de la década del 50, del 60 y de que una cosa trajo la otra.

Lo cierto es que a nosotros, «sin comerla ni beberla», se nos quitaron años de democracia y el poder desarrollarnos en una esfera de libertad.

Pero quería, como decía hoy, hacer unas reflexiones pues no me puedo olvidar del miedo que había en el desarrollo de la dictadura; el terror con el que se vivía, que más que dictadura era un régimen terrorista. Recuerdo el temor que había cuando veíamos a algún oficial uniformado en donde estábamos; recuerdo aquello de hablar en silencio; de no mirar a nadie fijo a los ojos; el terror estaba instaurado.

Si se escuchaba el Himno Nacional en algún acto, había que pararse enseguida. Si mal no recuerdo, a Pablo Casartelli —lo puede decir Silvia— estando en el Club San José, porque demoró en pararse se lo llevaron preso nuevamente; era el terror mismo instalado. Yo era chico, pero en el desarrollo de la dictadura fui creciendo y fui viviendo todos esos momentos.

En el transcurso de esta, se desaparecieron los partidos políticos y se empezaron a unir todas las personas en contra de esa fuerza maligna.

Me acuerdo que cuando Peñarol salió campeón de América y del mundo, fui a la caravana en Montevideo y siempre cualquier evento deportivo servía para corear: «¡Se va acabar, se va acabar la dictadura militar!», o «en un bosque de la china un chinito se perdió, ¡ojalá se pierdan todos...!»

Eso fue uniendo a la ciudadanía y terminó con un acto en el Obelisco a los Constituyentes denominado: «Río de Libertad» con Alberto Candeu y todos los partidos políticos. ¿Qué queda de todo esto? Esa enseñanza.

Debo también hacer memoria y recordar, por ejemplo, un «¡Viva Saravia!», en 18 de Julio, que fui

con mi padre y con Eladio Fernández Menéndez, que era un connotado dirigente del Partido Nacional y del Movimiento Nacional de Rocha y líder de la «Lista 72». Y, el «¡Viva Saravia!», nos llenaba de emoción cuando pasaban la filmación de todo el Partido Nacional unido; y escuchar las grabaciones de Wilson Ferreira en los casetes que venían del exterior, que los traía Fernando Oliú, un político de fuste del Partido Nacional —no sé si lo recuerdan—, un demócrata de primera línea.

Yo viví mucho eso, porque con mi familia participábamos, es más, me acuerdo que había un disco de Zitarrosa —un artista que a mí me encanta— que había que esconderlo porque podía venir un allanamiento. Mi padre había sido Edil y mi madre hija de un Intendente demócrata y me acuerdo que una vez por cantar el Himno Nacional, en la Plaza Artigas, a mi abuela y a mi madre las llevaron detenidas, junto a mucha gente; ¡señoras mayores! ¿qué iban a hacer contra un ejército armado?

Anécdotas de estas se me han borrado y por ahí se me pueden venir a la mente y me traen ese afán que me hizo participar en la política con muchas ganas.

En un acto que hubo de Aparicio Saravia en «El Cordobés», hace muchos años, que no lo pudo frenar la dictadura, me acuerdo que en el recorrido de las rutas hacia el acto los militares anotaban las matrículas, sacaban fotos, lo cual infundía terror; hoy parece chiste, pero mucha gente desapareció y eso se sabía, porque eran secretos a voces y eso infundía temor.

Por eso cuando se habla de terrorismo de Estado, los que estábamos en esa edad sentíamos el terror, el temor y después sí la solidaridad, porque cuando nos fuimos juntando y tomando posiciones éramos todos uno, no era ni el Frente Amplio ni el Partido Colorado, en el error o en el acierto; porque hoy están los reproches de cómo se llegó a eso y esto fue la consecuencia de aquello. Hubo gente que se sintió iluminada y dijo «No», porque supo que se venía tal cosa; ¡no lo sabremos!, pasarán cien años para saberlo bien.

En definitiva, podríamos hablar largo y tendido, creo que la reflexión final es «nunca más» terrorismo, porque lo que siente la gente en una dictadura es terror, es temor por sí y por su familia. Nunca más el cercenamiento de los derechos fundamentales, nunca más muertes, desaparecidos y sí al ejercicio democrático.

También, como lo dijo el Edil Simone, a veces vemos la intolerancia de los sectores, tanto de izquierda, como de derecha que en el fondo animan sentimientos dictatoriales, uno por una punta y otro por otra.

Entonces, debemos ser celosos custodios y guardianes de la democracia, si bien los políticos somos denostados, como también se mencionó hoy, hay que estar en este baile y embarrarse, y lo puedo decir en defensa de todos los que estamos acá, de un sector o de otro.

Por eso, señor Presidente, hoy, en este día, nunca más a la omnipotencia, nunca más al cercenamiento de derechos, nunca más a la intolerancia y sí a la democracia, democracia y más democracia.

Era cuanto quería decir, gracias, señor Presidente.

◆ **SE LEVANTA LA SESIÓN**

SEÑOR PRESIDENTE. Para culminar, agradezco la presencia de todos los señores Ediles.

Agotada la lista de oradores, se levanta la sesión.

(Es la hora 21.32)

Fredy Fabre
Presidente

Alexis Bonnahon
Secretario General